

V
METAFÍSICA DE LA JUVENTUD

La conversación

¿Dónde estás, juventud?
Hay siempre algo que
me despierta por la mañana.
¿Dónde estás, luz?

HÖLDERLIN

1

Cotidianamente servimos a fuerzas inconmensurables como el dormir. Lo que hacemos y pensamos se encuentra lleno del ser del padre y de los antepasados. Nos esclaviza sin descanso un simbolismo no comprendido. A veces, al despertar, logramos recordar un sueño. Algunas visiones claras iluminan los campos en ruinas de nuestro ánimo, en el que el tiempo sobrevuela. Estábamos acostumbrados al espíritu como lo estamos al latido del corazón, gracias al que levantamos cargas y digerimos.

El contenido de una conversación es reconocimiento del pasado, como si fuera nuestra juventud y nuestra vejez ante el campo en ruinas de nuestro espíritu. Jamás hemos llegado a ver el campo de esta silenciosa batalla que enfrenta al yo con el padre. Sólo notamos lo que hemos destrozado y levantado sin saber. La conversación es lamentación de una grandeza perdida.

2

La conversación se proyecta hacia el silencio, y el que calla aquí es el oyente. El hablante adquiere sentido gracias a él, pues quien guarda silencio constituye una imperceptible fuente de sentido. La conversación le llena de palabras como llenan los bodegones las jarras. El hablante hunde el recuerdo de su ánimo en las palabras buscando formas por las que abrirse al oyente. Habla para dejarse convertir. Comprende al oyente a pesar de sus propias palabras: comprende que frente a él hay alguien cuyas facciones son indestructiblemente buenas y serias mientras él reniega del lenguaje.

Sin embargo, por muy orgiásticamente que logre reanimar un pasado vacío, el oyente no comprende palabras, sino el silencio que hay en el presente, pues a pesar de su huida espiritual y la vaciedad de sus palabras, el hablante es un ser presente, su rostro está al descubierto y el movimiento de sus labios resulta perfectamente visible para el oyente. Éste tiene a su disposición la verdad de la conversación: recibe las palabras y contempla al hablante al mismo tiempo.

El que habla se introduce en el que escucha. El silencio se alumbra también en la conversación misma. Todos los grandes tienen sólo una conversación, en cuyos límites espera la grandeza del silencio. En el silencio el ánimo se transforma: el oyente lleva la conversación hasta el límite del lenguaje, mientras que el hablante crea el silencio de un lenguaje nuevo y se convierte en su primer oyente.

3

El silencio constituye el límite interno de la conversación. El hombre improductivo jamás se topa con límites. Considera su conversación como un monólogo. Se sale de la conversación en el diario o en el café.

En los espacios acolchados hay gran silencio. Aquí sí puede meter ruido. Anda entre prostitutas y camareros como un predicador entre sus devotos: él, converso de su última conversación. Es un experto del doble lenguaje, de preguntas y respuestas. (Alguien que pregunta es alguien que no piensa su vida en el lenguaje, que sólo aspira a utilizarlo con corrección: alguien que pregunta es benevolente para con los dioses.) El hombre improductivo pregunta por la revelación (dentro del silencio, entre los individuos activos, los pensadores y las mujeres). Él acaba alzándose y manteniendo bien alta la cabeza. Su verborrea se le escapa y escucha extasiado ante su propia voz. No percibe ni palabras ni silencios.

Pero se salva en el erotismo. Su mirada desvirga. El mismo se quiere ver y oír y apoderarse así del que mira y escucha. Por eso se equivoca y extravía su grandeza, y se escapa sin dejar de hablar. Pero al final termina desplomándose arruinado ante la humanidad simbolizada en otros: siempre incomprendible. Y la mirada del que guarda silencio resbala por encima de él buscando al silencioso que se acerca. La grandeza es el eterno silencio que sobreviene tras una conversación. Significa captar el ritmo de las propias palabras en el vacío. El genio ha conde-

nado en la exposición todos sus recuerdos. Lo que queda es amnesia y desconcierto. Su pasado es destino y nunca podrá ser revivido en él. Dios habla en el genio y escucha la contradicción del lenguaje.

Para el parlanchín el genio no es más que una simple huida ante la grandeza. El arte es el mejor remedio contra la nadería. Sin embargo, la conversación del genio es una oración: al hablar sus palabras se desploman como capas, desnudan y son, a la vez, envolturas con las que el oyente se siente revestido. Quien escucha es el pasado del gran hablador, su objetivo y su ánimo muerto. El genio que habla es más taciturno que el que escucha, igual que quien reza es más silencioso que Dios.

4

El hablante se encuentra constantemente poseído por el presente. Por eso está condenado a no poder expresar jamás el pasado del que, sin embargo, está hablando. Lo que dice ya lo ha captado hace tiempo la silenciosa pregunta de quien guarda silencio, cuya mirada le pregunta cuándo va a terminar. El hablante ha de confiar en el oyente, por lo que la pregunta toma el ultraje con la mano y lo conduce hasta el abismo en el que yace el alma del habitante, el campo muerto por el que deambula. Pero hace tiempo que espera allí la prostituta. Como la mujer tiene, en todo caso, el pasado pero no el presente, protege el sentido sustrayéndolo a la comprensión,

defendiendo la ambigüedad de las palabras, aunque sin dejarse confundir por ellas.

La prostituta custodia el tesoro de la cotidianidad (*Alltäglichkeit*), pero también el más precioso bien: la nocturnidad (*Allnächtlichkeit*). Por eso la prostituta es la oyente por excelencia, salvando la conversación a base de sustraerla a la mezquindad. La grandeza acaba cuando está al lado de la prostituta: por eso no pretende nada de ella. Más bien la virilidad desaparece ante ella, y sólo llena sus noches un torrente de palabras. El presente eternamente ido volverá a ser de nuevo. Es el placer del silencio de otra conversación.

5

GENIO. – Vengo a ti para acostarme contigo.

PROSTITUTA. – Siéntate.

GENIO. – Quiero sentarme a tu lado. Tan sólo al tocarte me siento como si hubiera descansado durante años.

PROSTITUTA. – Me inquietas. Cuando me acuesto contigo no puedo dormir.

GENIO. – Todas las noches hay hombres contigo en esta habitación. Siento como si yo les hubiera acogido y ellos me hubieran mirado con desprecio y se hubieran marchado.

PROSTITUTA. – Dame la mano. En tu mano dormida noto que has destruido todos tus poemas.

GENIO. – Ahora sólo pienso en mi madre. ¿Puedo hablarte de ella? Me dio a luz. Dio a luz como tú:

cientos de poemas muertos. Como tú, tampoco conoció a sus hijos. Éstos fornicaban con extraños.

PROSTITUTA. – Como los míos.

GENIO. – Mi madre solía vigilarme, preguntarme, escribirme. Por ella he olvidado yo a todos los hombres. Todos eran mi madre. Todas las mujeres me han parido, pero ningún hombre me ha engendrado.

PROSTITUTA. – De eso se lamentan todos los que se acuestan conmigo. Cuando están conmigo y echan un vistazo a sus vidas, les parece como que una espesa ceniza les sube hasta la garganta. Nadie les ha fecundado, y vienen a mí para no fecundar.

GENIO. – Todas las mujeres a quienes vengo a visitar son como tú. Me han parido muerto y quieren concebir de mí un muerto.

PROSTITUTA. – Pero yo soy la más animosa ante la muerte. [Se van a dormir.]

6

La mujer custodia el lenguaje. Percibe el silencio, y la prostituta percibe al creador de lo que ya ha sido. Pero ninguna de las dos cuidan del dolor cuando hablan los hombres. Su conversación se transforma en un acto desesperado que resuena en un espacio vacío y se agarra, condenado, a la grandeza. Dos hombres juntos son siempre un tumulto, y al final acaban recurriendo al fuego y al hacha. Destruyen a la mujer a base de obscenidades y la paradoja castiga una y otra vez a la grandeza. Las palabras entre per-

sonas del mismo sexo se unen y se fustigan a través de su secreta inclinación hasta hacer surgir un doble sentido carente de alma que se cubre a medias tras una dialéctica cruel. Ante ellos se alza, burlona, la revelación, y ésta les obliga a guardar silencio. Vence la obscenidad y el mundo es reconstruido a base de palabras.

Ahora se levantarán, matarán sus libros y se agenciarán a una hembra: de lo contrario, muy pronto estrangularían secretamente su alma.

7

¿Cómo hablan Safo y sus amigas? ¿Cómo es que hablan las mujeres? El lenguaje las desespiritualiza. Las mujeres no perciben ningún sonido, ninguna redención. Las palabras se agitan por encima de ellas cuando están juntas, pero se trata de una agitación pesada y sorda: con palabras simplemente parloteadas. El silencio se alza, sin embargo, por encima de lo que se dice. El lenguaje no transporta el alma de las mujeres porque éstas no confían en él. Su pasado jamás está concluido. Las palabras simplemente las manosean, y una cierta habilidad les contesta en silencio. El lenguaje sólo se les aparece en el hablante que, atormentado, oprime el cuerpo de las palabras en las que viene a reproducir el silencio de la amada. Las palabras son mudas. El lenguaje de las mujeres permanece increado. Al hablar, las mujeres se hallan poseídas de un lenguaje desvariado.

8

¿Cómo hablan, pues, Safo y sus amigas? El lenguaje es encubierto igual que el pasado, pero a la vez es tan futuro como el silencio. El hablante arrastra consigo el pasado y, cubierto por el lenguaje, percibe su haber-sido-mujer en la conversación. Pero las mujeres guardan silencio. Lo que ellas escuchan no son más que las palabras no pronunciadas. Juntan sus cuerpos y se acarician unas a otras. Su conversación las libera de las cosas y del lenguaje. A pesar de todo, se ha creado un espacio cerrado, pues cuando están solas y juntas desaparece la conversación como tal y sobreviene la quietud. Sólo de esta forma se reconquista la conversación a sí misma: la grandeza está ante los ojos de las mujeres igual de hermosa que la vida antes de la inútil conversación. Las mujeres que guardan silencio son las portavoces de lo ya hablado. Se salen del círculo cuya plena redondez sólo ellas son capaces de ver.

No se queja ninguna cuando están juntas, sólo contemplan admiradas. El amor de sus cuerpos no procrea, pero resulta muy bello ver su amor. Se miran unas a otras. Su mirada lo inspira todo mientras las palabras se extinguen en el espacio. El silencio y el placer (eternamente separados en la conversación) vuelven a fundirse en una sola cosa. El silencio de la conversación es un placer futuro, y el placer es un silencio pasado. No obstante, entre las mujeres la mirada de la conversación proviene de los límites del placer silencioso. Allí resucita, luminosa, la juventud de las oscuras conversaciones. Allí resplandece el ser.

VI

VELADAS ESTUDIANTILES DE LITERATURA

Nadie pone en duda que, por lo que atañe a la pervivencia de apatía, inespiritualidad y deficiencia en la comunidad estudiantil, donde más se ha notado todo esto es en el terreno del arte. Sobre ello quisiera decir unas palabras basadas, tanto en la inculcable bancarrota en que han caído las veladas literarias de un año a esta parte, como en mi percepción de la relación entre los estudiantes y el arte.

Voy a comparar la velada literaria estudiantil con una de aquellas «Lecturas de Obras Originales» tal y como tenían lugar en los locales de Berlín. Aparecía por aquí un numeroso público: curiosos, desorientados, incluso invitados. La mayoría con ganas de jugar. El elemento mediador que une a todos ellos es el dinero. Ahora bien, hasta qué punto resulta espiritual todo esto, al menos por lo que se refiere al público, no es la cuestión. La mayoría aplaude; puede que algunos se sientan concentrados. La velada depende del espíritu de los autores: si son diletantes y desean interesar o solamente entretener, no importa: todo vale. El arte importa más bien poco. A lo mejor son poetas. Si lo son, leerán para sí mismos sin preocuparse lo más mínimo de la gente. Se encuentran en levitación, a solas con su arte: sólo el éxtasis de unos pocos logra seguirles. El arte y las